

La mayoría son varones y arremeten casi siempre contra la madre

Una educación hiperprotectora, sin normas ni reprobaciones a los hijos, y menores egocéntricos y con baja autoestima se esconden detrás de estos casos

A. A. | SAN SEBASTIÁN.

25 junio 2017
08:53

No existe un manual de instrucciones para sobreponerse al dolor de un hogar larvado por la violencia ejercida por un hijo hacia sus padres. Pero sí existen apoyos para intentar frenar esa tiranía. En la asociación Gaztedi, acompañan a cada vez más familias en ese largo proceso, que se prolonga durante seis o siete meses como mínimo. El fenómeno, que ha hecho alzar la voz de preocupación de la propia Fiscalía, empezó a hacerse visible hace no más de quince años, cuando la estadística judicial comenzó a contabilizar estos casos, que van en aumento. Los expertos atribuyen ese alza a una mayor sensibilización y a que «se está perdiendo el miedo a buscar ayuda». Aunque denunciar a un hijo sigue siendo el último recurso y la mayoría de casos quedan relegados al ámbito familiar.



Raúl Giralde, terapeuta de Gaztedi. / MIKEL FRAILE

En Gaztedi rechazan el cliché de que este problema suceda de forma exclusiva en hogares sin recursos y desestructurados. Aunque no responden a un perfil concreto, la estadística sí indica que la mayoría de agresores son varones, si bien la balanza se está equilibrando. «Los chicos suelen ejercer más la violencia física, mientras que las chicas utilizan más la psicológica», describe Raúl Giralde, terapeuta del programa. Suelen arremeter sobre todo contra las madres, especialmente aquellas que han tendido a sobreproteger en exceso a los hijos. Bastantes de estas historias suceden en hogares envueltos en procesos conflictivos de separación.

Los chavales y chavalas agresores comparten además una serie de características emocionales: suelen tener baja autoestima, ser impulsivos, egocéntricos o no tener empatía. «Son chicos y chicas que no saben responder de forma adecuada a la frustración, la ira, la rabia, la tristeza o la angustia». A veces, pero no siempre, detrás de ese comportamiento fuera de lugar pueden esconderse otros trastornos, desde problemas psicológicos, psiquiátricos, consumo de drogas...

Dentro de la complejidad del fenómeno, los expertos suelen destacar que las relaciones suelen estar acompañadas de un modelo de educación hiperprotector, donde se ha diluido la autoridad de los padres. «Los menores necesitan normas claras para sentirse seguros y contenidos. No podemos olvidar que los límites, las normas y las obligaciones son una muestra de afecto hacia los hijos».

Cambios sociales

En ese difícil escenario aparecen además otros factores. «Los cambios sociales -señalan- han favorecido la aparición de nuevas dinámicas en las familias: aumento de hijos únicos, aumento de los hogares monoparentales -en los que no hay con quien compartir la autoridad-, los grandes horarios que hacen que se eviten los conflictos en el hogar y que eliminan actuaciones que generan frustración, un individualismo en el que en ocasiones la autorrealización laboral limita la dedicación de los hijos, un modelo educativo basado en la recompensa más que en la reprobación...».

El deterioro de la situación familiar también lo enmarcan en un contexto social donde «no se elimina la responsabilidad de los padres y educadores, pero a menudo sí la autoridad. Por otro lado, en algunas ocasiones no se da colaboración entre padres y profesores y ante una dificultad hay padres que se alían con los hijos en el enfrentamiento con los profesores». Tampoco ayudan los mensajes violentos en televisión y en los videojuegos.

¿Hay solución? Como en muchos otros problemas, una actuación temprana tiene más visos de éxito. «Aquí nos encontramos tratando a la vez a agresor y víctima. Se aborda una intervención en una situación de conflicto, pero un conflicto muy especial por la carga emocional que implican los vínculos de parentesco». En el caso de Gaztedi, el enfoque se hace desde la terapia familiar. El programa consta de cuatro fases, que se prolongan durante un semestre. Se trabaja tanto en sesiones individuales como conjuntas entre padres e hijos, en las que también se suman los hermanos y otros miembros de la familia si fuera conveniente. «Se puede salir de una situación así», aseguran.